

El Cooperativismo y la Paz (*)

José Pedroni

Nadie puede trabajar honestamente para sí mismo si trabajar útilmente para todo el mundo. Tolstoy.

Desde las primitivas manifestaciones del trabajo en comunidad hasta el ensayo-clase de los probos pioneros de Rochdale, y de éste a la mentalidad y moral cooperativas del presente han transcurrido centenares de años. La ascendente línea generatriz es demostrativa de cómo el ayer construye para el mañana, según lo dice el salmista. Por la suma de una serie de actos intermedios se desemboca en la síntesis, de donde se vuelve a partir de nuevo.

Sin desconocer que el hombre es una rivalidad en sí mismo, en cuanto a veces se inclina a aislarse y otras a comunicarse – a “insociable estabilidad” de la definición kantiana-, es indudable que en la lucha íntima de este ser prevalece el estímulo de reunirse con los de su especie, lo que permite afirmar que la soledad permanente, sea ella voluntaria o resulte de agentes extraños, es una anomalía.

El instinto gregario y el sentimiento de solidaridad social están presentes en las agrupaciones precolombinas y sus instituciones. La sociedad azteca procura alimento y trabajo para todos. El Calpuli da a las familias parcelas de tierra para el cultivo, que son hereditarias y que se pierden si no se las trabaja o si el ocupante cambia de lugar. El Aylli inca no entrega en propiedad el suelo, sino el producto a los individuos que están sobre él. Se vende el sobrante. Existe la obligación de sembrar la tierra de los impedidos, allí donde falta el hombre o está el anciano o el enfermo. Las reglas de convivencia indígena aspiran al virrey Antonio de Mendoza la creación del depósito colectivo. Es una suerte de caja donde se ahorra y se encuentra ayuda. Pone a la comunidad a cubierto del acaparador extraño.

Hay muchas otras manifestaciones pre-cooperativas: la zadruga servia; el mir y el artel rusos; la organización agraria germana; la de la leche de los Alpes, de Inglaterra y del Monte Ararat; la artesanal de la Edad Media...

Los caracteres distintivos del cooperativismo, considerado como edificio social-económico, no tiene en aquellas lejanas formaciones su basamento orgánico. Sólo el alma del hombre es la misma. Lo substancialmente igual en el tiempo es la acción dirigida a unirse para cumplir con los fines de la vida y protegerse mutuamente.

* En homenaje al eminente poeta santafesino, la Revista del Instituto de la cooperación publica ese material hasta ahora inédito: el texto de su conferencia, dictada el 1° de Junio de 1962 en la sala Manuel H. Ponce, en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, con el auspicio del Instituto Nacional de Bellas Artes y la Embajada de nuestro país. Esta conferencia integró un ciclo prolongado de jornadas sucesivas, en las que Pedroni desarrolló los siguientes temas: “Poesía Social”, “Colonización y Cultura”, “Sarmiento y el Niño” y “Viaje a través de mis versos”. Pocos días antes, el 24 de mayo, en la ciudad de Guatemala, en el local de la Asociación de Periodistas Guatemaltelcos, con el auspicio del Círculo Literario, dictó una conferencia sobre Poesía Social. El original de este trabajo se encuentra en el Archivo Histórico Provincial.

En los idealistas que dan la imagen de un nuevo tipo de sociedad donde reina el bienestar y la paz –Moro, Campanella, Bacon; Saint-Simon -, y que tiene su remoto antecedente en el República de Platón, cuya fórmula es “hallar los verdaderos principios de la justicia para que se sean felices”, se inspiran aquellos que se conocen como los “precursores de la cooperación”. Los hay ingleses y franceses. Hacer la historia de todos, biográfica y doctrinal, sería extendernos demasiado en una charla que tiene por objeto principal señalar lo que el cooperativismo de hoy puede hacer por la paz en el mundo convulsionado en que vivimos. Vamos a detenernos unos instantes en el hombre por quien tenemos particular simpatía: el paternal los hombre Robert Owen, llamado hoy “el padre de la cooperación” y en su tiempo “el favorito del universo”. Nació en Newtown (Inglaterra) en 1771 y volvió a morir en su pueblo natal después de haber puesto su vida y su dinero al servicio de su concepción humanista del trabajo, que trajo en hechos dentro y fuera del país. Se propuso emancipar al proletariado. Es noble, inteligente, emprendedor. Recibe, por abandono que hace de ella el proletariado, una fábrica de hilados donde reina el desorden. La lleva a la prosperidad, y es él mismo que reduce las jornadas de trabajo, aumenta las retribuciones y funda las comunidades de autoabastecimiento. La producción y el consumo se dan la mano en propiedades colectivas. El bien de trabajo tiene el valor del esfuerzo. En la “Bolsa del Trabajo” el obrero deposita la labor de sus manos, que se le estima según el tiempo empleado, acreditándosele su valor en bonos canjeables por productos que la misma Bolsa provee. El intermediario queda suprimido. Aparece la escuela oweniana para niños donde no existe el castigo ni la recompensa, y el asilo para los pobres.

El sistema de Owen sostiene que el hombre, al venir al mundo, ni es bueno ni malo; que puede modificar su organización y que consiguientemente, no es responsable de sus actos; que la verdadera felicidad se encuentra en la asociación; que no hay otra regla social más ventajosa que la igualdad perfecta y la comunidad absoluta; que la religión racional es la caridad. Para divulgar estos principios pronunció más de mil discursos y escribió unos dos mil artículos. Y no durmió para viajar con su idea.

Este enamorado de la razón, predicador y realizador incansable, que conmovió a gobiernos y soberanos y conquistó la simpatía de algunos de ellos, que conoció como pocos la fama y no la aprovechó para sí mismo, terminó su vida en la obscuridad y el olvido, aislado por la resistencia de la iglesia anglicana.

No todos los ensayos de los precursores fundaméntase en los mismos principios y verdades, ni tienen la misma organización económica. Mientras el lema de uno es: “Cada uno da según sus facultades y recibe según sus necesidades”, otros supeditan la remuneración a la obra; quienes clasifican el trabajo por especialidades y quienes admiten las tareas alternadas para evitar la monotonía y el cansancio, cuya crítica hace Carlitos en la película “Tiempos Modernos” que protagoniza el obrero de movimiento maquina. En algunos casos el capital se forma con el molesto ahorro de los propios asociados; en otros es el gobierno quien presta el dinero que la ganancia restituye: pero todos se proponen dignificar al trabajador, sacarlo de su pobreza y angustia.

La histórica cooperativa de los 28 obreros de la franela, constituida a una libra esterlina por cabeza, no nace por generación espontánea. Resulta de la reacción del trabajo frente al capital sordo; pero tiene su simiente doctrinaria y experimental en los citados antecesores.

El enunciado de sus propósitos es el siguiente: Abrir un almacén para la venta directa de suministros. Comprar o construir un cierto número de casas destinadas a los miembros que deseen ayudarse mutuamente para mejorar su condición doméstica y social. Iniciar la fabricación de los artículos que la sociedad estimara conveniente para proporcionar trabajo a los miembros que estuvieran desocupados o sujetos a repetidas reducciones de sus salarios. Comprar o adquirir tierras que serán cultivadas por los socios desocupados o mal remunerados, a fin de dar a todos mayor seguridad y bienestar.

Las siete piedras en que está gravada la ley de Sinaí de Rochdale reza así:

- 1° Libre acceso y adhesión voluntaria.
- 2° Control democrático.
- 3° Distribución del excedente en proporción a la compra.
- 4° Limitación del interés al capital.
- 5° Neutralidad política y religiosa.
- 6° Pago al contado.
- 7° Estímulo a la educación.

Es un acto de fe en el hombre, través de la solidaridad, la práctica democrática, el alumbramiento de la educación de los sentimientos.

Sea porque los pioneros de 1844 dieran en la tecla, sea porque estaban dadas las condiciones para la expansión de la doctrina, en cuanto al capitalismo incipiente en aquella época no tardó en hacerse tentacular y universal, lo cierto es que el cooperativismo se hizo idea de defensa en el mundo. Tras del mal aparece el antídoto. Este nace de la esencia humana, libertadora y socialista.

Casi nos atreveríamos a sostener que es debido a la oposición natural del hombre de estar en sujeción, que es generativa de la acción, por qué se sostiene todavía la estructura total de la civilización, conmovida hasta los cimientos por el sistema económico actual y por la destrucción tremenda a que conduce el crimen organizado de las guerras, que han sido y serán obligada consecuencia.

Si agregamos que el mutualismo y el sindicalismo, nacidos como el cooperativismo, en el seno de las masas oprimidas, constituyen una tendencia social organizadora y libre, comprenderemos mejor porqué creemos que en esta corriente está patente la fuerza unificadora y constructiva más poderosa con que cuenta la civilización que nos toca vivir, y que hay que saber canalizarla y aprovecharla para la paz.

Con la fuerza organizada que le da bandera de doctrina, el cooperativismo irrumpe en este siglo en todos los escenarios de las más diversas actividades mundiales, y la población vinculada a él asciende a las...600.000.000 de personas.

Esta preciosa fuerza económica, encausada en el bien común y con un capital humano extendido por los cinco continentes, debe necesariamente gravitar como factor saludable en el futuro de las relaciones entre los pueblos. Si, como fijó el fundador del cooperativismo en la Argentina, Juan B. Justo, “el cooperativismo es el sistema económico elevado a la categoría de sentimiento”, resulta innegable que el intercambio mundial de mercancías sería más justo y equitativo por la vía de la libre cooperación que bajo la garra del lucro.

Pero sucede que aún el sistema cooperativo no ha podido derribar al monstruo de la “guerra permanente”, como señala Warbasse. Y tal guerra es la engendrada por el actual sistema dominante de precios y de lucro. Los individuos compiten entre sí por la obtención de clientes, de compradores, de pacientes, de preeminencia. Esta lucha constante e inescrupulosa entre los individuos se extiende a las comunidades, y lo que fuera una disputa local traspasa la frontera de los pueblos y se convierte en conflicto internacional.

La hostilidad dentro de la lucha de competencia capitalista se atenúa a veces, cuando los individuos se unen a consorcios, trust y cartels. Esto lo hacen para la fijación de precios y eliminar a la competencia; pero ese rival eliminado no significa servicio alguno para los consumidores. Creado el monopolio de determinada industria dentro de los límites de un país, sobreviene la expansión internacional con industrias correlativas que dan nacimiento a la última etapa del proceso capitalista: el cartel. Este, con el camino expedito, sólo se preocupa de la reducción de costos, los que pudieran ser beneficiosos para los consumidores; pero en general, los carteles, actúan en sentido contrario, promoviendo la escasez y elevando los precios. Si es necesario acaparar, se acapara; si es necesario no vender, no se vende, del mismo modo que se detiene la producción o se quema lo que abunda.

La esperanza de la economía cooperativa, en oposición al terrible mal que engendra el capitalismo impenetrable, sin rostro ni alma, se halla en el consorcio cooperativo mundial, de puertas abiertas.

Tal vez esta pretensión nos parezca utópica; pero cuando recordamos que hace apenas un siglo, en un destartalado edificio de la calle de los Sapos, de Rochdale, se ponía base a un nuevo concepto de la economía entre unos pobres tejedores, la fe en el hombre nos sostiene, y la esperanza de un mundo mejor aparece como factible por medio del mejor sistema económico disponible hasta el presente.

El comercio sobre la base de competencia y lucro es el fenómeno social de la discordia sorda y permanente, que amarga y retrocede sin ceder; que se aleja y vuelve, ondulante. Esa guerra entre los individuos, que pone a prueba su capacidad de guerra entre los individuos, que pone a prueba su capacidad de aguante, se aumenta con el nacionalismo y el chauvinismo y la xenofobia, enemigos de la buena voluntad y aliados del odio racial. La gente que alardea de ser superior por su origen y capacidad es la misma que supone que los hombres de otras nacionalidades son inferiores. Tales manifestaciones desordenadas del propio valer, sumadas al animosidad producida en el terreno de la rivalidad económica, caracteriza nuestros históricos tiempos de paz. Cuando esos conflictos rebasan las fronteras, surge la guerra, incubada en las armas que la tirantez ha ido almacenando y que un día disparan solas, según lo advierte el sociólogo italiano.

No habrá paz entre los hombres ni entre los pueblos sin una equitativa distribución de la riqueza, puesto que el orden social está sustentado por la economía. La concepción materialista de la historia parte de la tesis que la producción, y con ella el intercambio de productos, es la base de dicho orden.

Conforme a ello, la causa última de toda transformación político-social, no debe buscarse, según anota el filósofo “en la cabeza de los hombres, sino en los cambios operados en el régimen de producción e intercambio: han de buscarse no en la filosofía, sino en la economía de la época de que se trata”.

Es evidente, de acuerdo a este pensamiento, que el sistema actual de economía resulta un rotundo fracaso para la felicidad y prosperidad de una inmensa mayoría de individuos y pueblos. Este sistema ha llenado su misión histórica y está declinando.

Es, esta declinación, propicia para el auge del cooperativismo, humano y sensible. Sobre todo en los pueblos donde el estigma mercuriano de los poderosos ha dejado en la carne de los hombres humildes su marca indeleble de explotación y miseria. En este campo propicio de los pueblos liberados, el cooperativismo puede hacer escuela de fructífero resultado. Ellos aspiran a algo nuevo que los saque del horror en que han vivido durante centurias bajo la explotación del monopolio foráneo en contubernio con el privilegio de adentro.

Con este caudal humano, ansioso de prosperidad en paz, pueden los nuevos pastores construir la nueva economía de sus países, basados en la experiencia de la libre cooperación, en la seguridad de no haber errado el camino.

El método del cooperativismo elimina la lucha económica de la competencia entre los individuos; crea un sentimiento superior de fraternidad humana y derriba barreras raciales; se opone a los poderes expansivos de los gobiernos y contribuye a la prevención de la guerra permanente en los negocios y las ideologías.

No puede haber paz social con guerra económica. Aquella ha de alcanzarse a través de la economía racional que elimina las hostilidades entre los hombres, engendradas por el capitalismo. Esta tarea la puede cumplir muy bien la libre cooperación, si se mantiene pura en sus principios.

Tiene el cooperativismo una oportunidad histórica que le dan virtudes que le son connaturales; pero ha de saber cuidar y regar la raíz de que se nutre, donde el interés personal está dosificado por el amor que contempla el interés colectivo. Ninguna cooperativa lo es auténticamente si por sus actos no confirma lo que es su razón de ser.

La praxis cooperativa está hecha de dos elementos: justa compensación y justo precio. Quien produce cooperativamente tiene derecho legítimo a la retribución equitativa de su esfuerzo. Para eso está en una cooperativa; pero para otra cosa más: para que piense que esa producción deberá ser consumida por otros seres como él, que trabajan como él y que como él son útiles a la sociedad. Quien está en la cooperativa de consumo debe hacerse conciencia que no puede subestimar el esfuerzo de sus hermanos productores.

Sin una educación adecuada a la doctrina rochdalaliana, las cooperativas se exponen a desfigurarse y fracasar. Convertidas en entes puramente comerciales, bajo el rótulo legalista de cooperativas, encubren con la virtud aparente la mentalidad típica del sistema capitalista movilizad por la especulación y el lucro.

La especulación, en las cooperativas, es contraria a los principios puros de la doctrina que rechaza el afán desordenado de atesoramiento. Debe la cooperativa, naturalmente, defender a todo evento el sagrado esfuerzo de sus asociados; pero jamás debe responsabilizarlos, a la postre, de una acción negativa, perjudicial y hasta criminal como es la especulación.

Si bien los móviles económicos han sido la base de la cooperación libre, no hay que olvidar que se inspiraron en un sentimiento de protección por el hombre que trabaja con las manos, y que este hombre está en todas partes. Es la cooperativa una concepción materialista que actúa en función social. Esta nimbada por un hálito de espiritualidad que nace del

amor del hombre por el hombre. Es con amor y comprensión que los humildes tejedores de 1844 defendieron su trabajo, en armónica comunidad. El éxito, la natural expansión, han de labrarse sobre esta base, y la proyección histórica vendrá por añadidura.

La gran tarea de la reconstrucción económica en los pueblos sometidos a una economía feudal, debe comenzar en la tierra. La explotación del suelo en forma cooperativa es el primer paso estructuras de la liberación.

Puesta la explotación del suelo en función social crea en la población campesina un gran sentido de responsabilidad y solidaridad. Esto despierta en las masas urbanas un cariñoso respeto por los trabajadores rurales que producen alimento primario para la alimentación del pueblo. El segundo paso es la industrialización del producto de la tierra. Es indispensable que la materia prima para elaborar productos industriales, extraídos cooperativamente de la tierra, queden en manos de los cooperativistas primarios, para que organizados en cooperativas de segundo grado, no deban entregar el fruto de sus esfuerzos a los intermediarios: conseguidas las dos etapas primeras, la de producción e industrialización, las cooperativas agrarias tienen en sus manos los resortes necesarios para fortalecer la última etapa del proceso: la comercialización.

Todo este largo proceso defensivo de los intereses comunes produce una beneficiosa corriente de estímulo y emulación entre los nuevos dirigentes del movimiento. El país donde prospera el cooperativismo dispone de inmediato de un gran caudal humano capacitado y de mucha conciencia patriótica. Los hombres que se acostumbran a luchar desinteresadamente por los problemas económicos de los demás, adquieren una conciencia cívica, rara y magnífica, muy a propósito para luchar, limpiamente, por los derechos políticos del pueblo.

El sistema cooperativo, contrario por naturaleza de la violencia engendra la paz permanente entre los hombres que luchan por igual y por una misma causa. Esta conciencia solidaria que comienza en la pequeña cooperativa rural, se expande a la cooperativa que industrializa, y por natural gravitación, compromete a grandes sectores del pueblo en la gran batalla de la prosperidad común.

Todo esto se hace sin desmedro de los sagrados derechos humanos. El hombre comprometido en el quehacer cooperativo no pierde dignidad ni libertad; al contrario, las aumenta. Respeta a sus hermanos y se sabe respetable, y se siente libre porque es dueño de su esfuerzo personal que cosecha para su propio bienestar sabiendo que nadie ni nada podrá quitárselo.

Esta fecunda labor del cooperativismo, que nace del amor, no puede jamás engendrar el odio que patrocina guerras. Tiende a unir al pueblo dentro de la comunidad en una acción de mutua ayuda, y crear amistad y armonía entre los hombres; tiende a unir a las empresas de un mismo país para beneficio de las cooperativas que las alimentan, buscando celosamente la prosperidad de cada una, sobre la que construyen la propia.

Si esto acontece dentro de las fronteras de un pueblo cooperativista, resultaría beneficioso en gran escala el cooperativismo internacional, que es, en suma, el gran cañón que puede dar por tierra con el monstruo de la explotación, causa única de las hostilidades entre los hombres, las comunidades y los pueblos.

Dentro de un mundo de economía desquiciada, la libre cooperación entre los pueblos brilla como esperanza de paz. “Es un método que ya actúa dentro de un mundo guerrero y que habrá de ser un método predominantemente en un mundo pacífico”, apunta con todo acierto el gran batallador Peter Warbasse.

Si la libre cooperación elimina la despiadada lucha del lucro entre los individuos, por la misma razón sus efectos pasarán las fronteras. El comercio cooperativo puede ser un comercio de amigos, pues nadie trata en él de quitar el cliente a no importe quién.

El actual sistema de negocios entre los pueblos sólo se hace a favor de los que pueden vender, en detrimento de los que necesitan comprar.

El mercader de Marte hace pingües ganancias vendiendo a los pueblos desválidos trastos de guerra en vez de alimento, vestido y remedio. Sobre ese polvorín del desamparo se realiza el comercio internacional. Para sacarlo de esa zona de peligro no se vislumbra otro camino, al menos por ahora, que el de la solidaridad cooperativa. Para ello se requiere la rápida expansión y gran desarrollo de las economías cooperativistas locales que sea posible la gran cooperación internacional.

Sostiene Diderot que el bienestar común es la condición de nuestra felicidad personal. La bondad y la maldad – dice – no dependen del organismo sino del medio social.

Hay que aprender a ver esta verdad que no se puede negar y actuar en función de ella, curándole la ceguera que por atender el bien individual deja de recibir el colectivo que no ha sabido promover.

Felizmente algunos pueblos, liberados del colonialismo, con el suelo recuperado y sobre él un habitante ansioso de un mundo mejor, valiéndose de la oportunidad que les ofrece la libre cooperación, están reestructurando sus economías deformadas por largas dominaciones. De allí llega la voz que afirma que en la libre cooperación esta la panacea universal.

Los cambios no se dan con la misma profundidad en todas partes. No es indispensable que así sea para avanzar. Pero es hacia delante y no hacia atrás que se proyecta la andamiada social, cuyos hechos responden a una ley evolutiva inevitable. Otros pueblos, por otros atajos, se están orientando hacia el mismo buen camino. Así el nuestro, donde se ha hecho conciencia de que la explotación racional de la tierra con su consecuencia natural, el cooperativismo que une a los hombres y humaniza las transacciones, es fuente no sólo de bienestar económico general sino de pacificación de los espíritus.

Desembarazarse de las ataduras de viejos sistemas no es fácil. Diversos factores han de influir negativamente en el ritmo ascendente de la marcha; pero las bases están echadas, por obra de la idea y la acción incipiente, y un día el viento que ha empezado a soplar barrerá con las sombras que se resisten.

Tenemos experiencia en la materia, y como los resultados han sido óptimos, nada más natural que la voluntad de insistir en lo que es un acierto. La subdivisión del suelo en nuestro país ha transformado la fisonomía del litoral fluvial. El ensayo orgánico, de fondo, empieza en 1856, y al presente ha llenado nuestra mesopotamia de hombres, de pueblo, de trigo y de ganado. Los más altos índices de riquezas, sanidad, alfabetización,

cultural, hábito democrático, disposición de asociarse con fines de bien público, se dan en el ámbito de la tierra parcelada.

No todo está hecho, naturalmente, y muchas opiniones coinciden en que los contrasentidos que enfrentamos resultan de no haber extendido la corriente civilizadora a inmensas y ricas regiones del territorio aún despobladas, donde impera la vaquería. Pero, en presencia de lo que ha logrado, fruto en gran parte de la iniciativa popular, los poderes públicos empiezan a actuar por la vía autoritaria y del estímulo. La universidad argentina ha abierto la carrera de licenciado en cooperativismo que se propone formar a los técnicos que necesita nuestro movimiento cooperativo en crecimiento y a su vez extender el conocimiento de la doctrina en el seno del pueblo. Paralelamente, alguna provincia, como acaba de hacerlo Santa Fe, madre de colonias agrícolas, reforma su constitución e incorpora a la misma el articulado progresista que la tierra y el cooperativismo reclaman, puestos en función social. He aquí algunos de estos preceptos:

“Art. 26° - La Provincia reconoce la función social de la cooperación en el campo económico, en sus diferentes modalidades. La ley promueve y favorece al cooperativismo con los medios más idóneos y asegura con oportuna fiscalización su carácter y finalidades.

Art. 27° - La Provincia estimula y protege el ahorro popular en todas sus formas y lo orienta hacia la propiedad de la vivienda urbana y del predio para el trabajo rural e inversiones en actividades productivas dentro del territorio de la Provincia.

Art. 28° - La Provincia promueve la racional explotación de la tierra por la colonización de las de su propiedad y de los predios no explotados o cuya explotación no se realice conforme a la función social de la propiedad y adquiera por compra o expropiación.

Propende a la información, desarrollo y estabilidad de la población rural por el estímulo y protección del trabajo del campo y de sus productos y el mejoramiento del nivel de vida de sus pobladores.

Facilita la formulación y ejecución de planes de transformación agraria para convertir a arrendatarios y aparceros en propietarios y radicar a los productores que carezcan de la posibilidad de lograr por sí mismos el acceso a la propiedad de la tierra.

Favorece mediante el asesoramiento y la provisión de los elementos necesarios el adelanto tecnológico de la actividad agropecuario a fin de obtener una racional explotación del suelo y el incremento y diversificación de la producción.

Estimula a la industrialización y comercialización de sus productos por organismos cooperativos radicados en las zonas de producción que faciliten su acceso directo a los mercados de consumo, tanto interno como externo y mediante una adecuada política de promoción, crediticia y tributaria que aliente la actividad privada realizada con sentido de solidaridad social.

Promueve la creación de entes cooperativos que, conjuntamente con otros organismos, al realizar el proceso industrial y comercial, defiendan el valor de la producción del agro de la disparidad de los precios agropecuarios y los de los no agropecuarios.

Protege el suelo de la degradación y erosión, conserva y restaura la capacidad productiva de las tierras u estimula el perfeccionamiento de las bases técnicas de su laboreo.

Resguarda la flora y fauna autóctonas y proyecta, ejecuta y fiscaliza planes orgánicos y racionales de forestación y reforestación”.

Puesta la capacidad y la legislación al servicio del pueblo, el bien de la paz se ira consolidando en hechos, y estará cada vez, más cercano el día que trabajar para la felicidad común, donde está la propia será una costumbre placentera entre los hombres.

De que ello es posible lo dice Tolstoy en su respuesta una carta que le enviara el cooperativista Vahan Totomiantz, desde Jasnaja Poliana, el 23 de enero de 1910:

“Tiene usted razón cuando dice que el movimiento cooperativo me es caro. Repito y repetiré siempre que el único medio radical de luchar contra la explotación del pueblo por una minoría parasitaria radica en el renacimiento religioso de los individuos.

“Ello no me impide declarar, sin embargo, que la fundación y el desarrollo de las cooperativas constituyen la única actividad social que conviene al hombre que no quiere explotar a su prójimo”.

Y lo dicen otros, como F. T. Wahlen:

“la cooperación es el alma de la democracia”

Como G. Fauquet:

“La cooperación representa un gran valor de la civilización”

Como Rivas Moreno:

“ La cooperación es una escuela donde el alma se educa en las expansiones de la generosidad y llevando al corazón de los jóvenes el germen del desinterés, la voluntad informa más tarde sus resoluciones en la hermosa máxima cooperativista: Todos para uno, uno para todos”.

Como Nicolás Repetto:

“Este movimiento universal, que al decir de Charles Gide no ha costado a la humanidad “ni una lágrima, ni una sola gota de sangre”; que no conoce fronteras geográficas, políticas religiosas ni étnicas, que une en un solo ideal a los consumidores y productores de todas las naciones del mundo, lleva en su seno un germen de paz, de justicia y de libertad, es la democracia económico-social del porvenir, que está en marcha”.

“Busca dentro de ti la solución de todos los problemas, hasta aquellos que creas más exteriores y materiales.

Dentro de ti está siempre el secreto; dentro de ti están todos los secretos.

Aún para abrirte camino en la selva virgen, aún para levantar un muro, aún para tender un puente has de buscar antes de ti el secreto.

Dentro de ti hay tendidos ya todos los puentes.

Están cortadas dentro de ti las malezas y lianas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas ya están levantadas dentro de ti.

Pregunta al arquitecto escondido: él te dará las fórmulas.

Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta...

Y acertarás constantemente, pues dentro de ti llevas la luz misteriosa de todos los secretos”.

Leeremos, para terminar, nuestro canto a ese amanecer que esperamos:

La mesa de la Paz

*Por el fresco camino,
Del agua en libertad;
Hacia donde el ave se ha ido
Y se la oye cantar;
Hacia la verde planicie
Del lirio natural;
Hacia donde reclama la paloma,
Está la mesa de la paz.*

*Sencilla y blanca, enteramente blanca,
Hecha de pino albar;
Con un arca debajo de la tabla,
Llena de pan igual,
Y tantos platos como tantos hombres,
Está la mesa de la paz.*

*No está hacia el lado de la voz airada;
No puede estar;
Ni de la mano abierta frente al barco
Que echa trigo en el mar;
Ni del sótano oscuro de la ciencia
Tras de la fórmula infernal.
No está; no ha estado nunca,
Nunca estará.*

*Hacia el lado del día hay que buscarla,
Donde la flor se da;
Hacia donde se ha ido la paloma;
Ahí, no más.*

*El camino es de río sin fronteras;
Por él se va.*

*Acaba en un inmenso mar sin lindes:
La unidad del trigal.
Hay una voz antigua que reclama;
Dice: no matarás,
Y una voz que conduce;
Dice: ama a tu igual.*

*La mesa del amor está hacia el lado
Donde se ve clarear;
Hacia el lado del canto matutino
Ahí, no más.*

*No está en la noche del temor y el hambre;
No puede estar;
Ni del resentimiento, ni del odio
Sin sueño, en soledad;
No está, no ha estado nunca
Ni nunca estará.*

*Está en el reino de la vara justa,
Del buen pesar:
Cada cual con su vino en la garrafa;
Cada cual con su sal;
Cada cual con su estrella y con su rosa,
Para soñar.*

*El aceite es hermoso en la aceitera,
Tal su lugar;
La harina lo es en las amantes manos
Que hiñen el pan;
El arroz cuando cae de las manos
Con rumor de collar;
La naranja en el plato, dividida
Según ella se da.*

*Nada de lo escondido y lo negado
Sirve a la paz.
Esto es tan cierto que el sol que ciega.
Esto es verdad.*

*Donde el aire es de pan puesto a la vista,
Allí está.
La mesa limpia quiere manos limpias;
No quiere más.*

*Ya la ha encontrado el ave; ya la bestia
Tomando el viento, nada más.
Ya la ha encontrado, y está debajo de ella,
El can,
Y junto a ella, el ángel*

*Meditativo de la grulla real.
Sólo tu no la hallas, hombre triste;
Descaminando vas,
Con tu mujer dolida,
Hecha para crear,
Con tu hijo,
Que un día amargarán.*

*Tira el arma en la hierba mancillada
De sangre y alquitrán.
El arma que te han dado y que te pesa,
Tírala.
También las piedras del rencor y el odio;
También, arrójalas.*

*Deja el mundo del trueno y la tiniebla
Sal a la claridad.
Cortas la rosa con tus manos libres;
La rosa, córtala.
Toma del brazo a tu mujer, a tu hijo,
Y ponte a caminar.
La mesa del amor está a la vuelta,
La mesa de la paz;
A la vuelta del día con su pájaro;
Ahí, no más.*